Ken Wilber

LOS TRES OJOS DEL CONOCIMIENTO

editorial Kairós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona

OJO A OJO

Hoy en día se habla mucho de «paradigmas» especialmente de paradigmas «nuevos y superiores», una especie de «superteorías», visiones globales del mundo que no sólo abarcan todas las ciencias físicas sino que también incorporan el conocimiento superior que nos aporta la filosofía, la psicología y la religión místico-trascendental. De alcanzar tal visión habríamos logrado, por fin, algo realmente importante, un auténtico paradigma globalizador, una verdadera «teoría de campo unificado» que englobe a la ciencia, la filosofía y la religión mística. En realidad, esto es, precisamente, lo que afirman hoy en día especialistas muy cualificados, sensatos y dotados, procedentes de muy diversos campos. Verdaderamente extraordinario.

Más adelante quedarán claros las implicaciones y el significado de esta afirmación. Por el momento supongamos que tal paradigma provisional es posible y califiquémoslo de «paradigma trascendente». Así pues, el «paradigma trascendente» es un conocimiento global que no sólo incluye el «hardware » de las ciencias físicas sino también el «software» de la filosofía y de la psicología y el «trascendental ware» de la religión místico-espiritual. Si realmente está comenzando a emerger un paradigma nuevo, superior y comprehensivo, que reúne todas estas características -cosa que realmente creo- el principal problema que deberá afrontar -un problema que todavía no ha sido debidamente tratado- es el de su relación con la ciencia empírica. Cualquier paradigma «nuevo y superior» que no sea una ciencia empírica adolecerá de medios de adquirir conocimiento y, por lo tanto, no tendrá la menor validez epistemológica, con lo cual todas sus afirmaciones carecerán de validez, sentido y significado. De nada sirve conjeturar la importancia, el objeto y la metodología de un paradigma «nuevo y superior» que pretende englobar la filosofía y el misticismo si no podemos demostrar que posee algún tipo de conocimiento real. No debemos equivocarnos al respecto. Como dice A. J. Ayer, el renombrado filósofo:

> No negamos a priori que los métodos peculiares del misticismo permitan descubrir ciertas verdades. Lo único que queremos es escuchar las proposiciones que encarnan sus descubrimientos para ver si nuestra observación empírica las verifica o las refuta. Lamentablemente, sin embargo, los místicos no sólo son incapaces de ofrecemos proposiciones empíricamente verificables, sino que ni siquiera son capaces de elaborar proposiciones inteligibles.

Y Ayer concluye su afirmación señalando que el hecho de que los místicos «no puedan revelar lo que "saben" o de que sean incapaces de diseñar una prueba empírica que valide su "conocimiento" nos demuestra que su estado de intuición mística no sea un estado realmente cognitivo».

¿Acaso un nuevo paradigma trascendental puede llegar a ser una ciencia empírica? Y si éste no fuera el caso, ¿podría entonces reivindicar un conocimiento y una cognición verdaderos? Además -y éste es realmente el

punto central de nuestro debate- ¿pueden « validarse» adecuadamente las verdades psicológicas y espirituales superiores? Mucho se ha dicho al respecto pero, en mi opinión, la mayor parte de lo escrito resbala sobre el asunto como las manos grasientas sobre el jabón.

Vamos, pues, a dedicamos en este capítulo y en el siguiente a examinar brevemente la naturaleza de la ciencia empírica, el significado del conocimiento filosófico y la esencia del conocimiento espiritual o trascendental y trataremos de comprender las relaciones existentes entre esos diferentes tipos de conocimiento. De este modo estaremos en condiciones de distinguir con más facilidad la naturaleza de tal paradigma, en el caso de que fuera posible.

Los tres ojos del alma

San Buenaventura, el gran Doctor Seraphicus de la Iglesia y uno de los filósofos preferidos por los místicos occidentales, afirmaba que los seres humanos disponen, por lo menos, de tres formas de adquirir conocimiento, de «tres ojos», como el decía (parafraseando a Hugo de San Víctor, otro místico famoso), el ojo de la carne, por medio del cual percibimos el mundo externo del espacio, el tiempo y los objetos; el ojo de la razón, que nos permite alcanzar el conocimiento de la filosofía, de la lógica y de la mente; y el ojo de la contemplación, mediante el cual tenemos acceso a las realidades trascendentes

Además -decía san Buenaventura- todo conocimiento es una especie de illuminatio. Así pues, existe una iluminación exterior e inferior (lumen exterius y lumen inferius), que nos permite iluminar el ojo de la carne y conocer los objetos sensoriales, una lumen interius, que ilumina el ojo de la razón y nos proporciona el conocimiento de las verdades filosóficas, y una lumen superius, la luz del Ser trascendente, que ilumina el ojo de la contemplación y nos revela la verdad curativa, «la verdad que nos ilumina».

En el mundo externo, dice san Buenaventura, encontramos un vesitigium, un «vestigio de Dios» y el ojo de la carne percibe este vestigio (que se manifiesta como una diversidad de objetos separados en el espacio y en el tiempo). En nosotros mismos, en nuestro propio psiquismo -especialmente en la «triple actividad del alma» (memoria, entendimiento y voluntad)- el ojo mental nos revela una imago de Dios. Finalmente, a través del ojo de la contemplación, iluminado por el lumen superius, descubrimos el mundo trascendente que existe más allá de los sentidos y de la razón, la misma Esencia Divina.

Todo esto coincide exactamente con lo que manifestaba Hugo de San Víctor (el primero de los grandes místicos victorinos), que distinguía entre cogitatio, meditatio y contemplatio. La cogitatio, o simple cognición empírica, es una búsqueda de los hechos del mundo material a través del ojo de la carne. La meditatio es una búsqueda de las verdades psíquicas (la imago de Dios), usando el ojo de la mente. La contemplatio, por su parte, es el conocimiento mediante el cual el psiquismo o alma se unifica instantáneamente con la

Divinidad en la intuición trascendente revelada a través del ojo de la contemplación.

Ahora bien, aunque la terminología que nos habla del ojo de la carne, del ojo de la mente y del ojo de la contemplación sea cristiana, en todas las tradiciones psicológicas, filosóficas y religiosas principales nos encontramos con conceptos similares. Los «tres ojos» del ser humano se corresponden, de hecho, con los tres principales dominios del ser descritos por la filosofía perenne, el ordinario (carnal y material), el sutil (mental y anímico) y el causal (trascendente y contemplativo).Estos distintos dominios ya han sido descritos en otra parte, sólo quisiera ahora resaltar su unanimidad entre los psicólogos y los filósofos tradicionales.

Para ampliar la visión de san Buenaventura podríamos decir que el ojo de la carne (cogitatio, ellumen inferius/exterius) crea y revela ante nosotros un mundo de experiencia sensorial compartida. Este es el «dominio de lo grosero», el reino del espacio, del tiempo y de la materia (el subconsciente), un dominio compartido por todos aquéllos que poseen un ojo de la carne parecido. Así pues, en cierta medida, los seres humanos compartén este dominio con algunos animales superiores (especialmente los mamíferos) porque sus ojos carnales son muy similares. Si acercamos, por ejemplo, un pedazo de carne a un perro, éste reaccionará, mientras que una roca o una planta no lo harán. (para aquellos organismos que carecen del conocimiento y la percepción correspondientes al ojo carnal el pedazo de carne es inexistente.) En el dominio ordinario un objeto o es A o es no-A, nunca es A y no-A. Una roca nunca es un árbol, un árbol jamás es una montaña, una roca no es otra roca, etc. Esta es la inteligencia sensorio motriz esencial (la constancia del objeto) perteneciente al ojo de la carne. Este es el ojo empírico, el ojo de la experiencia sensorial. (Quizás debiéramos aclarar, desde el comienzo, que estamos utilizando el término «empírico» en un sentido filosófico para designar a todo aquello capaz de ser detectado por los cinco sentidos o por sus extensiones. Cuando los filósofos empíricos como Locke, por ejemplo, afirmaban que todo conocimiento es experiencial, querían decir que todo conocimiento mental debe ser previamente un conocimiento sensorial. Por el contrario, cuando los budistas dicen que «la meditación es experiencial» no están diciendo lo mismo que Locke sino que utilizan el término «experiencia» para referirse a <da conciencia directa, no mediatizada por formas y símbolos». En el siguiente capítulo volveremos sobre este tópico pero, por el momento, utilizaremos el término «empírico» en la acepción que le daban los empiristas de «experiencia sensorial».)

El ojo de la razón, o, más generalmente, el ojo de la mente (la meditatio, la lumen interius), participa del mundo de las ideas, de las imágenes, de la lógica y de los conceptos. Éste es el reino sutil (o, para ser más precisos, la porción inferior del reino sutil, la única de la que hablaremos aquí). Gran parte del pensamiento moderno se asienta exclusivamente en el ojo empírico, el ojo de la carne, por eso conviene recordar que el ojo de la mente no puede restringirse al ojo de la carne ya que el dominio de lo mental incluye, pero trasciende, al dominio de lo sensorial. Además, el ojo de la mente no sólo incluye al ojo de la carne sino que se alza por encima de él. Por medio de la

imaginación, por ejemplo, el ojo de la mente puede reproducir objetos sensoriales que no se hallan presentes y, en este sentido, puede trascender el encadenamiento de la carne al mundo presente; mediante la lógica puede operar internamente sobre los objetos sensorio motores y, de esa manera, ir más allá de las secuencias motoras reales; por medio de la voluntad puede demorar la descarga de los instintos y de los impulsos y trascender los aspectos meramente animales y subhumanos del organismo.

Aunque el ojo de la mente dependa del ojo de la carne para adquirir parte de su información, no todo el conocimiento mental procede del conocimiento carnal ni se ocupa exclusivamente de los objetos carnales. Nuestro conocimiento no es tan sólo empírico y carnal. «Según los sensacionalistas [es decir, los empiristas] -dice Schuon- todo conocimiento se origina en la experiencia sensorial [el ojo de la carne]. Van tan lejos como para afirmar que el conocimiento humano no tiene forma alguna de acceder a un conocimiento suprasensorial ignorando, por lo tanto, el hecho de que lo suprasensible puede ser objeto de una percepción verdadera y, por consiguiente, de una experiencia concreta [adviértase que, para Schuon, existen experiencias supraempíricas y suprasensoriales y, por lo tanto, se niega a identificar empírico con experiencial]. Así pues, esos pensadores construyen sus sistemas sobre un error intelectual, sin considerar siquiera el hecho de que innumerables hombres, tan inteligentes, por menos, como ellos, hayan llegado a conclusiones diferentes a las suyas».

Como decía Schumacher, el hecho es que «en resumen, nosotros no sólo "vemos" con nuestros ojos sino también con gran parte de nuestro equipamiento mental [el ojo de la mente]... A la luz del intelecto [ellumen interius] podemos ver cosas invisibles para nuestros sentidos corporales... Los sentidos no nos permiten, por ejemplo, determinar la certeza de una idea». Las matemáticas, por ejemplo, constituyen un conocimiento no empírico de un conocimiento supraempírico descubierto, iluminado y llevado a cabo por el ojo de la razón, no por el ojo de la carne.

Todos los manuales introductorios de filosofía coinciden en este punto: «Corresponde a los físicos determinar si estas expresiones [matemáticas] se refieren a algo físico. Las afirmaciones matemáticas se refieren a las relaciones lógicas, no a su significado empírico o fáctico [si es que tienen alguno]. Nadie ha visto jamás, por ejemplo, con el ojo de la carne la raíz cuadrada de un número negativo porque ésta es una entidad transempírica que sólo puede contemplarse con el ojo de la mente. A decir de Whitehead, la mayor parte de las matemáticas constituye un conocimiento transempírico y apriorístico (en sentido pitagórico). Lo mismo podríamos decir de la lógica, ya que la verdad de una deducción lógica no depende de su relación con los objetos sensoriales sino de su consistencia interna. Nosotros podemos formular un silogismo lógicamente impecable como, por ejemplo, «Todos los unicornios son mortales. Tarnac es un unicornio. Por consiguiente, Tarnac es mortal», que, sin embargo, es erróneo y carece empíricamente de todo sentido por la sencilla razón de que nadie ha visto jamás un unicornio. La lógica, pues, es también transempírica. Muchos filósofos, como Whitehead, por ejemplo, han sostenido que la esfera abstracta (o mental) es una condición necesaria y a priori para la manifestación

del reino natural/sensorial, algo muy parecido a lo que afirman las tradiciones orientales cuando dicen que lo grosero procede de lo sutil (que, a su vez, se origina en lo causal).

En las matemáticas y en la lógica y, más aún, en la imaginación, en el conocimiento conceptual, en la intuición psicológica y en la creatividad, vemos, con el ojo de la mente, cosas que no están plenamente presentes ante el ojo de la carne. Es por ello por lo que decimos que el dominio de lo mental incluye, pero también trasciende sobradamente el dominio de lo carnal.

El ojo de la contemplación es al ojo de la razón lo que el ojo de la razón al ojo de la carne. Del mismo modo que la razón trasciende a la carne, la contemplación trasciende a la razón. Así como la razón no puede reducirse al conocimiento camal ni originarse en él, la contemplación tampoco puede reducirse ni originarse en la razón. El ojo de la razón es transempírico pero el ojo de la contemplación es transracional, translógico y transmental. «La gnosis [el ojo de la contemplación, el lumen superius] trasciende el reino mental y a fortiori el reino de los sentimientos [el reino sensorial]. Esta trascendencia depende de la función "natural supernatural" [de la gnosis], denominada contemplación de lo Inmutable, de la Identidad Real que se caracteriza por ser Verdad, Conciencia y Felicidad]. La investigación filosófica, por consiguiente, no tiene nada que ver con la contemplación ya que la primera se ajusta estrictamente a un principio fundamental de adecuación verbal radicalmente opuesto a cualquier finalidad liberadora, a cualquier trascendencia de la esfera de lo verbal».

A lo largo de este capítulo volveremos reiteradamente sobre este triple dominio del conocimiento. Por el momento basta con suponer que todos los hombres y mujeres poseen un ojo carnal, un ojo racional y un ojo contemplativo; que cada ojo tiene sus propios objetos de conocimiento (sensorial, mental y trascendental); que un ojo superior no puede ser reducido a un ojo inferior ni explicado por él; y que ***cada ojo es valido y útil en su propio dominio*** pero incurre en una falacia cuando intenta captar totalmente los ámbitos superiores o inferiores.

En este contexto intentaremos demostrar que cualquier paradigma transpersonal verdaderamente comprehensivo deberá recurrir por igual al ojo de la carne, al ojo de la mente y al ojo de la contemplación. Un nuevo paradigma verdaderamente trascendental debería utilizar e integrar los tres ojos: grosero, sutil y causal. También intentaremos demostrar que, en general, la ciencia empírico-analítica pertenece al ojo de la carne, la filosofía fenomenológica y la psicología al ojo de la mente y la religión/meditación al ojo de la contemplación. Así pues, un paradigma nuevo y trascendental debería integrar y sintetizar el empirismo, el racionalismo y el trascendentalismo (en el siguiente capítulo veremos si este esfuerzo globalizador puede o debe ser llamado «ciencia superior». Por el momento, cuando hablemos de «ciencia» nos referiremos a la ciencia clásica empírico-analítica).

El principal peligro que deberemos superar es la tendencia a cometer el error categorial, el intento de un ojo de usurpar el papel de los otros dos.

Comenzaremos, pues, señalando algunos de los principales errores categoriales cometidos por la religión, la filosofía y la ciencia, y luego revisaremos, a modo de ilustración, aquellos errores categoriales históricos que han posibilitado el surgimiento del moderno cientifismo. Con todo esto no quiero decir que la ciencia haya sido la única en cometer este tipo de error ya que, como veremos, también la filosofía y la religión han incurrido en él. No obstante, históricamente hablando, de todos los errores categoriales el cometido por la ciencia empírica es el más reciente, el más generalizado y el que mayores consecuencias ha tenido y está teniendo todavía. Por ello es importante intentar comprenderlo en profundidad.

Teniendo en cuenta todos estos supuestos comenzaremos analizando el origen y el significado de la ciencia empírica.

El origen de la ciencia

Generalmente no suele comprenderse que la ciencia- y, por el momento, me refiero tan sólo a la ciencia de Kepler, Galileo y Newton- no era un sistema racional sino un sistema empírico. Como ya hemos visto, racionalismo no es lo mismo que empirismo ya que mientras el racionalismo se basa en el ojo de la razón, el empirismo lo hace en el ojo de la carne. La ciencia, de hecho, se originó como un movimiento antirracional, como una repulsa del racionalismo característico del escolasticismo medieval. Según Whitehead: «Galileo se preguntaba cómo sucedían las cosas mientras que sus adversarios [de mentalidad racionalista] se basaban tan sólo en teorías de cómo sucedían las cosas. Sin embargo, estos dos enfoques no conducen a los mismos resultados. Así, mientras Galileo se obstinaba en permanecer en contacto con los "hechos tercos e irreductibles" Simplicio, su oponente, tan sólo alegaba razones» .

El antagonismo existente entre los «hechos tercos e irreductibles» de Galileo y las «razones suficientes» de Simplicio refleja con exactitud la antítesis existente entre el ojo de la carne y el ojo de la razón, entre el empirismo y el racionalismo. Whitehead insiste en este punto: «Es un gran error concebir esta rebelión histórica [de la ciencia] como una llamada a la razón. Por el contrario, se trataba de un movimiento visceralmente antiintelectual, de un retorno a la contemplación de los hechos puros [al ojo de la carne, al empirismo], un rechazo de la razón inflexible propia del pensamiento medieval».

Whitehead insiste reiteradamente en este punto crucial: «No suele comprenderse con claridad que la ciencia surgió como un intento de organizar la experiencia ordinaria [sensorial]. Es por ello por lo que cooperó con tanta facilidad con el antirracionalismo de la revuelta histórica». Como señala Bertrand Russell, la ciencia no fue más que sentido común, una forma de decir que la ciencia está basada en el más común de nuestros órganos, el ojo de la carne.

Recordemos que la lógica, una vez que ha trascendido el ojo infrahumano de la carne, parece desencarnada y casi completamente desvinculada del mundo de los objetos carnales. Sin embargo, ello no supone, como muchos románticos

parecen pensar, un defecto de la lógica, sino su misma fortaleza, ya que razonar sobre una actividad supone no tener que ejecutarla carnalmente. El verdadero poder de la ciencia radica en su trascendencia de los objetos sensoriales (ya que, como Piaget ha demostrado, el pensamiento formal operacional, o lógico racional, opera sobre la experiencia concreta sensoriomotriz y, de ese modo, la trasciende).

Pero la lógica, y, en general, el ojo de la mente pueden ser muy mal utilizados. A fin de cuentas, la única prueba definitiva de «la exactitud de un razonamiento» reside en la consistencia interna de la cadena de pensamientos lógicos que se han utilizado para su elaboración, es decir, si se han violado o no, en ese proceso, los cánones de la lógica. Así pues, si un determinado razonamiento cumple con este requisito, es correcto desde el punto de vista de la lógica. La lógica parte de una premisa inicial y, mediante una serie de sutiles procesos de razonamiento abstracto (pensamiento operacional-formal), termina extrayendo todas las implicaciones y deducciones contenidas en la premisa.

En lo que concierne a la premisa misma -la proposición inicial de partida- ésta puede originarse en cualquiera de los tres dominios: carnal, mental y contemplativo. Si el punto de partida es el reino del ojo de la carne y se demuestra su validez, hablamos de «hechos indudables» (Russell), de los «hechos tercos e irreductibles» de Galileo, o, simplemente, de hechos empírico-analíticos. Si la proposición inicial parte del dominio del ojo de la mente, hablamos de «principios de referencia indudables» (Russell), de «verdades intuitivamente evidentes (Descartes) o de «aprehensiones fenomenológicas directas» (Husserl), que pueden ser tanto filosóficas como psicológicas. Si, por último, la proposición parte del ojo superior de la contemplación, hablamos de revelación o de razonamiento mandálico (como explicaremos más adelante). Subrayemos pues los tres posibles puntos de partida del razonamiento: hechos irreductibles (came), verdades evidentes o axiomáticas (mente) e intuiciones reveladoras (espíritu).

Ahora bien, debemos recordar que la lógica es objeto de gran cantidad de abusos y a que en la selección de las premisas iniciales podemos cometer gran cantidad de errores e incluso de fraudes. Destaquemos, entre ellos, el «error categorial» que tiene lugar cuando uno de los reinos pretende sustituir totalmente a otro o, como también podríamos decir, cuando las cosas (came) se confunden con los pensamientos (mente) o éstos se confunden con las visiones trascendentales (contemplación). Cuando esto ocurre los hechos intentan reemplazar a los principios y los principios y los principios terminan tratatndo de sustituir a Dios.

Un racionalista es alguien que, desechando el ojo de la carne y el ojo de la contemplación como poco fiables, afirma que el único conocimiento válido proviene del ojo de la razón. Descartes, un prototipo perfecto de este tipo de filósofo, afirmaba que «sólo debemos dejamos persuadir por la evidencia de nuestra razón», y, por si no quedaba suficientemente claro, subrayaba: «de nuestra razón, no de nuestros sentidos». Para Descartes la razón -únicamente la razón- puede ayudarnos a descubrir las verdades autoevidentes, y llamaba

intuición (intuición racional, no intuición espiritual), a este tipo de comprensión de la realidad:

> Por intuición no entiendo el testimonio fluctuante de nuestros sentidos sino aquella concepción tan evidente y nítida que nos ofrece la mente que no nos cabe la menor duda de lo que comprendemos. Dicho de otro modo, la intuición sólo procede de la luz de la razón…

«La intuición sólo procede de la luz de la razón...» Sólo la intuición racional nos permite descubrir las verdades autoevidentes». Según Descartes, una vez hayamos descubierto estas verdades autoevidente~ podremos deducir de ellas una serie de verdades secundarias. Y, añade, «estos dos métodos [la verdad racional inicial y la deducción] constituyen el camino más seguro para alcanzar el conocimiento. La mente no debería admitir otros porque todos ellos pueden ser erróneos y, por consiguiente, deben ser rechazados como peligrosos»

Esta es la afirmación de un racionalista puro, de alguien que sólo cree en el ojo de la razón y que descarta el ojo de la carne y el ojo de la contemplación. Sin embargo, esto termina mutilando terriblemente el conocimiento porque, en esas condiciones, el ojo de la razón se ve obligado a intentar descubrir verdades empíricas y verdades contemplativas, una tarea para la que no está convenientemente equipado y que conduce inevitablemente al error categorial. Es evidente que el ojo de la razón no puede desvelar adecuadamente el reino de la contemplación y que el ojo de la razón permanece ciego ante las verdades que descansan en el reino objetivo y sensorial. Como pronto veremos, la ciencia moderna nos ha demostrado palpablemente que el uso exclusivo del razonamiento es inadecuado
para desvelar los hechos empíricos. Las verdades propias del ojo de la carne sólo pueden ser demostradas por el ojo de la carne.

Lo único que pretendemos recalcar aquí es que, cuando un ojo intenta ocupar la función de cualquiera de los otros dos, se produce un error categorial. Tal error puede darse en cualquier dirección, ya que el ojo de la contemplación se halla tan incapacitado para percibir los hechos del ojo de la carne como éste para captar las verdades propias del ojo de la contemplación. La sensación, la razón y la contemplación revelan sus propias verdades en sus propios ámbitos y, cuando un ojo intenta ver a través de los otros, el resultado no puede ser otro que el de una visión borrosa.

Pues bien, este tipo de errores categoriales ha sido el principal problema de casi todas las grandes religiones. Todos los grandes sabios del hinduismo, del budismo, del cristianismo y del islam, habían abierto el ojo de la contemplación, el tercer ojo, lo cual no significa, en modo alguno, que automáticamente dominaran los ámbitos concernientes al primer y al segundo ojo. La iluminación, por ejemplo, no nos demuestra que el agua esté compuesta por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Si fuera así, tal descubrimiento
Aparecería en alguno de los textos religiosos, cosa que, por supuesto, no sucede.

Desafortunadamente, sin embargo, la Revelación que nos proporciona el ojo de la contemplación se toma como el árbitro supremo de la verdad carnal y de la verdad racional. El Génesis, por ejemplo, es la traducción en imágenes poéticas (propias del ojo de la mente) de una visión supramental, de una Revelación sobre la evolución de lo Inmanifiesto en el reino de lo manifiesto que tiene lugar en siete estadios principales (siete días). Pero ¡he aquí que quienes tienen cerrado el ojo de la contemplación cometen el error categorial de confundir la Revelación con un hecho empírico y con una verdad racional!. En estas condiciones no es de extrañar que la ciencia terminara descubriendo este error y se lo hiciera pagar con creces.

En el año 535 d. J. C., el monje cristiano Cosmas escribió un libro, titulado Topografía Cristiana, en el que, basándose exclusivamente en una lectura literal de la Biblia, demostraba, de una vez por todas, que la Tierra carecía de polo Norte y de polo Sur y que era un paralelogramo plano cuya base era dos veces superior a su altura. La teología dogmática, tanto oriental como occidental, abunda en este tipo de aberraciones. Los hindúes y los budistas, por ejemplo, creían que el peso de la tierra descansabas sobre un elefante y éste sobre una tortuga (y, a la pregunta «¿Entonces sobre qué descansa la tortuga?» respondían: «Hablemos de otra cosa»).

El hecho es que la esencia del budismo, del cristianismo y de otras grandes religiones contiene intuiciones verdaderas sobre la realidad última. Sin embargo, esas intuiciones transversales se entremezclan con demasiada frecuencia con verdades racionales y con hechos empíricos. Es como si la humanidad todavía no hubiera aprendido a diferenciar y a separar los ojos de la carne, de la razón y de la contemplación. Y como la Revelación se mezclaba con la lógica y con los hechos empíricos, siendo presentados los tres como una sola verdad, sucedieron dos cosas: la filosofía atacó el aspecto racional de la religión y la ciencia terminó destruyendo su aspecto empírico. No obstante, la teología, que en Occidente siempre ha adolecido de un ojo de la contemplación un tanto miope, dependía tanto del racionalismo y de los «hechos» empíricos (según la Biblia el Sol gira alrededor de la Tierra), que cuando la filosofía y la ciencia le arrancaron esos dos ojos, la espiritualidad occidental se quedó ciega. Pero entonces no recurrió al ojo de la contemplación sino que se retiró al exilio y desde ahí se dedicó a malgastar inútilmente el tiempo en fútiles discusiones con los filósofos y con los científicos. A partir de ese momento la espiritualidad occidental quedó desmantelada y sólo quedaron en pie la ciencia y la filosofía.

No obstante, en el intervalo de un siglo, la filosofía quedó también diezmada como sistema racional (un sistema basado en el ojo de la mente) por el nuevo empirismo científico. Llegados a ese punto el conocimiento humano quedó reducido al ojo de la carne. Marchito el ojo de la contemplación e invalidado el ojo de la mente, la autoestima colectiva de los seres humanos estaba tan baja como para restringir su conocimiento tan sólo a los datos aportados por el ojo de la carne, el ojo que compartimos con los animales. De este modo, el conocimiento terminó convertido, como principio y referente, en algo esencialmente infrahumano.

La nueva ciencia

Hay que comprender que esta funesta restricción del conocimiento humano no era un defecto de la ciencia. La ciencia empírico-analítica no es más que el cuerpo organizado de conocimiento verificable que nos ofrece el ojo de la carne. Afirmar que no deberíamos tener ese conocimiento y que no deberíamos confiar en él es lo mismo que decir que no deberíamos tener carne. Sin embargo, entonces ocurrió algo casi siniestro, algo que convirtió a la ciencia en cientifismo. Eso es precisamente lo que nos interesa comprender.

Comencemos con el origen de la ciencia. Antes del año 1.600 el conocimiento humano estaba dominado por la Iglesia, por el dogma, que no diferenciaba entre el ojo de la contemplación, el ojo de la razón y el ojo de la sensación. Si la Biblia decía que la Tierra había sido creada en siete días, así era; si el dogma decía que un objeto diez veces más pesado que otro caía diez veces más rápido, así era. En medio de todo aquel revoltijo nadie se preocupaba por emplear celosamente el ojo de la carne y mirar sin más el mundo natural. ¿Era cierto, como decía la Iglesia, que un objeto más pesado cae más rápido que otro más liviano? ¿Por qué no comprobarlo?

Si los seres civilizados llevaban, por ejemplo, 10.000 años sobre la faz de la tierra, tuvieron que transcurrir 10.000 años antes de que a alguien se le ocurriera la feliz idea de llevar a la práctica un experimento para comprobarlo. Así, alrededor del año 1.600, un tal Galileo Galilei subió a la Torre de Pisa y arrojó dos objetos -uno más pesado que otro- y comprobó que ambos llegaban al suelo al mismo tiempo. A partir de aquel momento el mundo ya nunca volvería a ser el mismo.

El método científico fue inventado simultánea e independientemente por Galileo y Kepler alrededor de 1.600. No sería erróneo decir que ellos no hicieron más que usar el ojo de la carne para mirar el reino de la carne porque eso fue, precisamente, lo que sucedió. Antes de Galileo y Kepler –dice L. L. Whyte- los únicos sistemas desarrollados de pensamiento habían sido las organizaciones religiosas o filosóficas de la experiencia subjetiva [el ojo de la contemplación y el ojo de la razón], mientras que las relativamente escasas observaciones objetivas de la naturaleza permanecían desorganizadas. El racionalismo medieval era subjetivo y no existía todavía una filosofía racional de la naturaleza [pensamiento empíricoanalítico] de complejidad y precisión comparables.

Pero lo que hicieron Kepler y Galileo fue mucho más genial que utilizar el ojo de la carne atenta y meticulosamente. Antes que ellos muchos otros habían prestado una atención sostenida a la naturaleza (por ejemplo Aristóteles), pero ninguno de ellos consiguió descubrir el método científico. Conviene recordar bien este punto que, por lo general, todos parecen obviar: el «método científico» es el método descubierto y practicado por Kepler y Galileo.

Así, Kepler y Galileo no sólo utilizaron el ojo de la carne para mirar a la naturaleza sino que lo usaron para mirarla de un modo determinado y esa especial forma de mirar constituyó el descubrimiento del método científico, de

la ciencia moderna, de la ciencia empírica real. Hoy en día oímos decir con mucha frecuencia que ciencia significa «conocimiento», y que la ciencia consiste básicamente en «buena observación», pero eso no es cierto. Como señala Whyte: «Durante dos mil años, el hombre había estado observando, comparando e intentando clasificar sus observaciones sin que existiera todavía un sistema ideológico relacionado con la naturaleza que les proporcionara un método sistemático para facilitar el proceso de descubrimiento...»Durante milenios la ciencia no ha consistido en buena observación sino en un tipo determinado de observación.

Antes de describir la esencia de este tipo de observación veamos algunas de sus peculiaridades menos relevantes. En primer lugar, el nuevo método científico era empírico-experimental. Supongamos que me pregunto si un objeto dos veces más pesado que otro' cae dos veces más rápido, por ejemplo. Para responder a la pregunta un racionalista medieval procedería del siguiente modo: «Sabemos que si un objeto natural aumenta una determinada cantidad física también aumenta proporcionalmente en las demás. Así, una barra de madera dos veces más larga que otra, por ejemplo, pesa el doble que la anterior.
Pero el peso es una cantidad física, y lo mismo sucede con la velocidad. Por consiguiente, un objeto dos veces más pesado que otro caerá dos veces más deprisa». Ante la misma pregunta, Galileo, por el contrario, simplemente salió a la calle y trató de verificarlo.

Advirtamos que la lógica utilizada por el racionalista era perfecta. Comenzaba estableciendo determinadas premisas iniciales y, a partir de ahí, deducía correctamente una serie de conclusiones. El problema, sin embargo, radicaba en que las premisas eran falsas. La deducción sólo es un método válido de conocimiento en el caso de que-podamos garantizar la corrección de las premisas originales. Como ha demostrado la historia de la filosofía, algunas de estas premisas iniciales eran evidentes y verdaderas pero otras eran evidentes y falsas. Galileo y Kepler necesitaban una forma de decidir si las proposiciones iniciales relativas a los objetos sensoriales eran verdaderas o falsas. No una forma racional-porque no existe ninguna- sino una forma sensorial, una forma empírica. Esa es, en suma, la esencia de la experimentación empírica: un artificio que nos permite controlar todas las variables excepto una. De ese modo, la repetición del experimento modificando tan sólo esa variable y manteniendo constantes todas las demás nos permite llegar a resultados realmente concluyentes.

Para ello Galileo tomó varios objetos, de distinto peso, pero todos del mismo tamaño, y los lanzó, al mismo tiempo desde la misma altura. Si los objetos hubieran caído a diferente velocidad la causa habría que buscarla en la diferencia de peso. Si cayeran a la misma velocidad (en realidad, con la misma aceleración), podríamos concluir que el peso no tiene la menor importancia. El experimento, sin embargo, terminó demostrando que ambos caían con la misma velocidad y, por consiguiente, refutó el enunciado original de que «los objetos más pesados caen más rápidamente». Así pues, tras ese experimento

Galileo llegó a la conclusión de que en el vacío todos los objetos caen con la misma aceleración. A partir de ese momento esa es ya una premisa inicial correcta de la que puede partirse para utilizar la lógica deductiva.

La verificación científica no es racional ni deductiva sino empírica e inductiva (aunque, obviamente, la ciencia también utiliza la lógica y la deducción como herramientas subordinadas a la inducción empírica). La inducción (propuesta sistemáticamente por Francis Bacon) consiste en la formulación de leyes generales basándose en numerosos ejemplos concretos (lo opuesto de la deducción). Por ejemplo, después de que Galileo intentara su experimento con objetos metálicos pudo haberlo intentado con objetos de madera, de arcilla, de papel, etc., y ver si obtenía los mismos resultados. Esta es la inducción: la verificación de una determinada propuesta en gran diversidad de circunstancias y, caso de no ser refutada, quedaría confirmada. La proposición es llamada hipótesis. Una hipótesis que todavía no ha sido refutada (sin circunstancias atenuantes) suele llamarse teoría. Y una teoría que nunca ha sido refutada (complementada, quizás, pero no fundamentalmente refutada en su propio dominio), suele llamarse ley. Galileo descubrió dos leyes del movimiento terrestre, Kepler tres leyes del movimiento planetario y el genial Newton reunió esas leyes y coordinó las fuerzas de los cielos con las de la tierra, demostrando, de ese modo, que una manzana cae a tierra (Galileo) por la misma causa que un planeta gira alrededor del Sol (Kepler), por la fuerza de la gravedad.

El hecho es que el método científico clásico era empírico e inductivo, no racional ni deductivo. Lo que hicieron Bacon, Kepler y Galileo fue simplemente conectar el ojo de la razón al ojo de la carne cuando la proposición en cuestión concernía al dominio de la carne. Por más extraño que pueda parecer en la actualidad, aquella fue una idea genial: permitir que el ojo de la carne demostrara los hechos relativos al dominio de la carne y, de ese modo, evitar el error categorial que supone confundir a la carne con la razón y con la contemplación. Esta idea no sólo benefició a la ciencia sino que también resultó provechosa para la religión, ya que le permitió despojarse de la escoria pseudocientífica innecesaria que siempre ha contaminado a las grandes religiones.

Pero, con respecto a Galileo y Kepler, todavía debemos mencionar el punto más importante, el verdadero meollo de la cuestión. Otros antes que ellos habían sido muy meticulosos al utilizar el ojo de la carne y, en sentido amplio, también se habían servido de algún tipo de inducción para intentar verificar sus teorías en distintas situaciones. Pero lo que hicieron Galileo y Kepler fue descubrir el secreto esencial del experimento empírico-inductivo: todo experimento científico pretende descubrir si un determinado suceso tiene lugar, en cuyo caso origina un cambio. En el mundo físico, el cambio consiste esencialmente en algún tipo de desplazamiento en el espacio-tiempo y ese desplazamiento puede medirse. Contrariamente, si un determinado suceso no puede medirse, tampoco puede ser objeto de un experimento científico empírico y, en lo que respecta a la ciencia, es como si no existiera.

Así pues, no exageraríamos gran cosa si dijéramos que la ciencia empírico-analítica consiste, esencialmente, en medición. La medida, y casi sólo la medida, es la que nos proporciona los datos de los experimentos científicos. Galileo medía. Kepler medía. Newton medía. Ese fue precisamente el gran descubrimiento de Kepler y de Galileo. La ciencia moderna no se había descubierto antes de Kepler y Galileo porque nadie antes que ellos se había ocupado de medir. «Hemos llegado a un momento sumamente significativo -dice L. L. Whyte-. Alrededor del año 1.600, Kepler y Galileo formularon simultánea e independientemente el principio de que las leyes de la naturaleza pueden ser descubiertas a través de la medición y aplicaron dicho principio a su propio trabajo. Donde Aristóteles había clasificado Kepler y Galileo se propusieron medir. Whyte sigue subrayando que «el proceso de la medición era el único enfoque objetivamente fiable de la estructura de la naturaleza y los números obtenidos mediante ese proceso constituían la clave del orden de la naturaleza. Después del año 1.600, la humanidad dispuso de un método sistemático para investigar aquellos aspectos de la naturaleza susceptible de ser cuantificados. Consecuentemente, bien podríamos calificar, pues, los siglos transcurridos desde entonces, como la edad de la cantidad. Nunca antes la humanidad había dispuesto de una tecnica parecida ...».

Whitehead puntualiza acertadamente que Aristóteles había desviado la atención de los físicos porque «su doctrina les exhortaba a clasificar cuando debía haberles incitado a medir». A decir de Whitehead «¡ Cuánto habríamos aprendido si los escolásticos se hubieran dedicado a medir en lugar de clasificar! » Para Whitehead la esencia del nuevo método empírico-analítico consiste en «buscar elementos mensurables entre los fenómenos y luego investigar las relaciones existentes entre esas medidas de cantidades físicas». Ése es, según Whitehead, el «papel de la ciencia». No vamos a detenemos mucho en este punto pero es obvio que «el criterio básico de la ciencia es que la cantidad (el espacio, el tamaño y la fuerza) pueden ser estimadas numéricamente... Un número es un número, y el número es el lenguaje de la ciencia». Por ello la psicología se considera una ciencia empírica únicamente cuando nos proporciona pautas mensurables. Es por ese motivo por lo que el conductismo es una ciencia empírica y el psicoanálisis no lo es. (Conviene señalar, sin embargo, que no estoy afirmando que el conductismo sea infalible y que el psicoanálisis no lo sea, sino que se trata de dos conjuntos de datos recogidos mediante dos ojos diferentes, ambos válidos, uno de los cuales es empírico y el otro mental- fenomenológico.) Incluso el mismo psicoanálisis comprende perfectamente esto. Como decía la pionera psicoanalista Melanie Klein:

> Debemos recordar que las pruebas aportadas por el analista difieren radicalmente de las que requieren las ciencias físicas porque la naturaleza del psicoanálisis es diferente. En mi opinión, cualquier intento psicoanalítico de obtener datos exactos comparables a los logrados por las ciencias físicas sería una aproximación pseudocientífica porque las creaciones de la mente inconsciente y la respuesta del psicoanalista no pueden ser sometidas a medición...

En resumen: La genial y duradera contribución de Galileo y de Kepler fue la demostración de que, con respecto al mundo físico (o sensoriomotor), el ojo de la razón puede y debe vincularse y arraigarse en el ojo de la carne mediante la experimentación inductiva, cuyo núcleo es la repetición de mediciones (número). Dejemos que el ojo de la carne hable por sí mismo. Para ello exactamente fue inventada la ciencia empírica.

Kant y el Más Allá

La quintaesencia de la verdad carnal es el hecho empírico, la quintaesencia de la verdad mental es la intuición filosófica y psicológica, y la quintaesencia de la verdad contemplativa es la sabiduría espiritual. Ya hemos visto que antes de la era moderna los hombres y mujeres todavía no diferenciaban adecuadamente los ojos de la carne, de la razón y de la contemplación y que, por lo tanto, tendían a confundirlos. La religión intentaba ser científica, la filosofía trataba de ser religiosa y la ciencia, por su parte, se ocupaba de filosofía. En este sentido, todas estaban equivocadas e incurrían de continuo en todo tipo de errores categoriales.

Así pues, cuando Galileo y Kepler describieron la verdadera naturaleza de la verdad científica empírica, hicieron un gran servicio a la religión y a la filosofía porque desligaron al ojo de la carne de su confusión con los ojos de la mente y de la contemplación. De este modo, cuando la ciencia se ocupó de su tarea, la filosofía y la religión quedaron liberadas del arduo intento de tratar de convertirse en pseudociencias. Si la geografía hubiera contestado a su pregunta, el monje Cosmas no habría malgastado inútilmente el tiempo intentando determinar la forma de la Tierra y habría podido entregarse por entero a la contemplación. Cuando la ciencia nos muestra la verdad correspondiente al ámbito del ojo de la carne, también nos está ayudando a descubrir, por eliminación, las verdades relativas al ojo de la mente y al ojo de la contemplación.

Pues bien, lo que Galileo y Kepler hicieron por el ojo de la carne, Kant lo hizo por el ojo de la razón. Es decir, de la misma manera que Galileo y Kepler despojaron a la religión de su lastre «científico» innecesario, Kant la aligeró del exceso de racionalización. Y este hecho, aunque haya sido muy mal comprendido, terminó teniendo una importancia extraordinaria.

Antes de Kant los filósofos no sólo se dedicaban a intentar deducir los hechos científicos (tarea, como ya hemos visto, imposible), sino que también trataban de deducir las verdades contemplativas o espirituales (tarea tan imposible como la anterior, pero doblemente peligrosa). Tanto los filósofos religiosos como los profanos hacían todo tipo de afirmaciones racionales sobre lo que ellos consideraban realidades y verdades definitivas. Tomás de Aquino, por ejemplo, ofrecía todo tipo de «pruebas» racionales de la existencia de Dios, y algo parecido hicieron Descartes, Aristóteles, san Anselmo y otros. Su error consistió en intentar demostrar con el ojo de la razón lo que sólo podía ver el

ojo de la contemplación. Alguien, más pronto o más tarde, tenía que terminar descubriendo el engaño.

Ese fue Kant. Kant creía en Dios, en la Trascendencia Última, en el noumenon transempírico y transensorial, pero demostró que, cada vez que intentamos razonar sobre esta realidad transempírica, nos encontramos con que podemos argumentar, con la misma plausibilidad, en dos líneas totalmente contradictorias, lo cual demuestra claramente que ese tipo de razonamiento es inútil (y, en cualquier caso, no merece el generoso nombre de «metafísica»). Los filósofos y los teólogos no cesaban de hacer todo tipo de afirmaciones racionales sobre Dios (o Buda, o el Tao) y sobre la realidad última como si estuvieran hablando directamente de la misma Realidad cuando de hecho, como demostró Kant, no decían más que tonterías. La razón pura es sencillamente incapaz de captar las realidades trascendentes y, cuando lo intenta, sólo llega a conclusiones contradictorias igualmente plausibles. (Este descubrimiento no es exclusivo de Occidente. Casi quinientos años antes de Kant, el sabio budista Nagarjuna, fundador del budismo madhyamika, llegó exactamente a la misma conclusión, una conclusión que, durante sucesivas generaciones resonó y se amplificó en las principales escuelas de filosofía y psicología oriental: La razón no puede captar la esencia de la realidad absoluta y, cuando lo intenta, sólo genera paradojas dualistas.)

Una de las causas de esta situación -si se me permite hablar poéticamente- es que, como nos revela la contemplación, la Realidad Última es una «coincidencia de opuestos»
(Nicolas de Cusa) o, como afirman el hinduismo y el budismo, advaita, o advaya, que significa «no dual» o «no dos», y la lógica, al ser dual, no puede penetrar siquiera en ese dominio y mucho menos puede demostrarlo. No podemos, por ejemplo, representarnos algo que sea y no sea al mismo tiempo. No podemos ver llover y no llover al mismo tiempo en el mismo lugar. Tampoco podemos describir ni razonar adecuadamente sobre la no dualidad, sobre la realidad última y si intentamos explicar la Realidad no dual en los términos propios de la razón dualista, necesariamente terminaremos creando dos opuestos donde no los hay y, por consiguiente, podremos hablar racionalmente de cualquiera de ellos con igual plausibilidad. Volviendo a Kant, cuando la razón intenta captar a Dios, o al Absoluto, no genera más que paradojas. Cuando nos permitimos caer en la especulación metafísica (utilizando tan "sólo el ojo de la razón) caemos en el sinsentido. La afirmación de que la «Realidad es el sujeto absoluto» no es verdadera ni falsa sino que está vacía, no tiene el menor sentido, porque también podríamos afirmar exactamente lo contrario, que «La Realidad es el objeto absoluto». Lo mismo sucedía en Oriente «<La Realidad es Atmán» contra «La Realidad es Anatmán») hasta que Ngarjuna desmanteló esa forma de pensar de la misma manera que lo haría Kant en Occidente.

Kant demostró algo que, más tarde, también afirmaría Wittgenstein: «La mayoría de los problemas metafísicos no son falsos sino que carecen de sentido. No es que las respuestas sean erróneas sino que la pregunta es absurda...». Esta equivocación está basada en el error categorial de intentar ver el Cielo con el ojo de la razón. Con todo esto no estoy queriendo decir que

Kant fuera un iluminado (es decir, alguien que tuviera completamente abierto el ojo de la contemplación) porque, obviamente, no lo era. Todo parece señalar que Kant no tenía una comprensión real de la contemplación, por eso pensaba que su *Crítica de la Razón Pura* demostraba de modo concluyente que la Divinidad nunca puede ser conocida directamente ni intuida absolutamente, cuando, en realidad, lo único que demuestra es que Dios no puede ser conocido por medio de los sentidos ni por medio de la razón. Una excelente manera de comprender a Kant consiste en estudiar a Nagarjuna porque éste aplica la misma filosofía crítica a la razón, pero no se contenta con demostrar las limitaciones de la razón sino que va más allá y nos ayuda a abrir el ojo de la contemplación (prajna), el ojo que nos permite conocer directamente mediata y no conceptualmente, a la Realidad Ultima. Kant desconocía la contemplación, o prajna, pero sí sabía que Dios está más allá de los sentidos y de la razón, y por ese motivo pensaba que Dios permanece definitivamente alejado de nuestra conciencia directa. No transcurrió mucho tiempo hasta que Schopenhauer advirtiera el error de Kant.

Lo único que quiero subrayar es que Kant demostró correctamente que, por su misma naturaleza, el ojo de la razón no puede penetrar en el reino del espíritu, es decir, que la filosofía no puede alcanzar a Dios, y que su máxima aspiración es la de postular moralmente (prácticamente) la existencia de Dios, y retirarse a los dominios de lo sensorial y de lo mental. Así pues, del mismo modo que Galileo y Kepler liberaron a la religión del lastre de tener que malgastar su tiempo ocupándose de las moléculas, Kant la aligeró del peso de tener que racionalizar a Dios. Como dice McPherson:

> La filosofía positivista ha hecho un gran servicio a la religión. Al mostrar el absurdo del intento de los teólogos, los positivistas han ayudado a que la religión se ocupara de la esfera de lo inefable... Así, aunque los positivistas sean enemigos de la teología, no podemos negar que también son amigos de la religión.

Así pues, tanto el hecho científico como la filosofía racional, además de ser la manera adecuada de utilizar el ojo de la carne y el ojo de la razón, fueron también muy provechosas para la religión en el sentido de que ayudaron a depurar la espiritualidad de todo bagaje innecesario y le permitieron clarificar su papel en el conocimiento e iluminación del ser humano. Así pues, la inteligencia sensoriomotriz no es lo mismo que la intuición filosófica ni que la sabiduría espiritual; ninguno de esos factores puede reducirse al anterior y, por consiguiente, tanto Galileo como Kepler, Kant y Cristo, son, cada uno de ellos, imprescindibles en su propio dominio.

Pero, pocas décadas después de Kant, el ojo de la carne, deslumbrado por la luz de Newton, creyó que era el único merecedor de conocimiento. Y la ciencia empírica, espoleada por los intereses de Auguste Comte, terminó convirtiéndose en cientifismo. Así, la ciencia ya no se limitaba a hablar en nombre de la carne, sino también comenzaba a hacerlo en nombre del ojo de la mente y del ojo de la contemplación. De ese modo cayó presa precisamente del mismo error categorial que había descubierto en la teología dogmática y que tan caro había hecho pagar a la religión. Los cientifistas trataron de obligar

a la ciencia empírica, al ojo de la carne a hacer el trabajo de los otros dos ojos. Y este fue un error categoríal por el que no sólo la ciencia, sino el mundo entero, han terminado pagando un precio muy elevado.

El nuevo cientifismo

La ciencia empírico-analítica es aquel aspecto del conocimiento característico del ojo de la carne, aunque no todo el conocimiento sensorial es científico (recordemos, por ejemplo, el impacto estético). Obviamente, la ciencia empíricoanalítica también utiliza el ojo de la razón y, en mi opinión, el ojo de la contemplación para la intuición creativa, por ejemplo. Pero, en cualquier caso, su conocimiento depende y permanece subordinado al ojo de la carne y a sus datos. Así pues, cuando ese aspecto del ojo inferior cayó en manos de los cientifistas, éstos reclamaron el dominio de los tres ojos. ¿Qué fue lo que sucedió entonces?

Hay muchas formas de explicar la falacia del cientifismo. La ciencia había pasado de decir «lo que no puede ser visto con el ojo de la carne no puede ser verificado empíricamente» a afirmar «lo que no puede ser visto por el ojo de la carne no existe». Dejó de declarar que «existe un método excelente de adquirir conocimiento del ámbito sensorial» para asegurar que «el conocimiento alcanzado mediante la mente y la contemplación es erróneo». Como dijo Smith, «Con la ciencia no hay problema, el problema radica en el cientifismo. Mientras que la ciencia es positiva y se contenta con describir lo que descubre, el cientifismo es negativo porque va más allá de las conclusiones reales de la ciencia, negando la validez de otros enfoques del conocimiento y rechazando la importancia de otro tipo de verdades». O, más concretamente todavía, «El triunfo de la ciencia moderna se subió, como el ron, a la cabeza de los hombres y les hizo perder la razón. De este modo, el cientifismo llegó incluso a pensar que los descubrimientos de la ciencia ponían en cuestión cosas que no pertenecen al ámbito de la ciencia y que los éxitos que logra en su dominio arrojan dudas sobre la realidad de ámbitos que sus instrumentos no alcanzan a detectar».

Recordemos que la importancia extraordinaria de Kepler y de Galileo radicó en el descubrimiento de un método para verificar, de una vez por todas, la certeza de un determinado enunciado empírico- sensorial. Así la proposición «Un objeto pesado cae a mayor velocidad que otro más ligero» no debe ser pensada con el *lumen interius* de la razón ni tampoco contemplada con el *lumen superius* de la *contemplatio*, sino que debe ser verificada mediante el ojo de la carne. Antes de esa época no existía ningún método aceptable para zanjar esas controversias, no existía forma alguna de demostrar empíricamente que las ideas del oponente estaban equivocadas. Después de Galileo y Kepler, sin embargo, ya podía ponerse fin a esas disputas empíricas porque ellos nos proporcionaron un método para establecer la verdad o falsedad de una determinada proposición y demostrarlo de tal maneraque todos los hombres razonables pudieran comprenderlo.

De este modo el impacto de la ciencia comenzó a derrotar a los teólogos y a los filósofos (Dios no es una proposición verificable sino el mismo fundamento de todas las proposiciones. Por ese motivo, Dios no puede satisfacer la prueba científica). Había llegado la hora del examen, y los filósofos, religiosos, teólogos, místicos y poetas suspendieron a millares. De hecho, podrían haberse negado a someterse a la prueba pero, para ello, deberían haber comprendido que los valores trascendentes no son hechos empíricos revelados por el ojo de la carne sino intuiciones contemplativas no verbales reveladas por el lumen superius en la caverna del corazón. Sea como fuere, comenzaron a batirse en una indigna retirada intentando encontrar la forma de demostrar que Dios era un objeto, como una roca, una proposición o la fórmula F = ma. La obra de Galileo y de Kepler culminó en los Principia de Newton, que, en muchos sentidos, representan (hasta el momento presente) el summum del método empírico-científico. Los Principia, repletos de los «hechos tercos e irreductibles» de Galileo y de las leyes lógicas a las que se ajustan esos hechos, constituyó un triunfo arrollador del ojo de la carne.

Naturalmente, el impacto de Newton sobre la filosofía fue inmenso. En pocas palabras, los filósofos estaban a la expectativa. Tras infortunados años de desenfrenado racionalismo y con el ojo de la contemplación atrofiado por la falta de uso, los filósofos sencillamente se decantaron por el ojo de la carne y por su principal defensor, Newton. Incluso el mismo Kant, a pesar de su lucidez, quedó cautivado por la nueva religión newtoniana. Se sabe que, de no haber sido filósofo, Kant hubiera sido físico, y toda su filosofía crítica, aparte de delimitar claramente el ámbito de la razón pura, adolece de fisicalismo. Como señala exactamente Gilson: «Kant no estaba desplazándose de las matemáticas a la filosofía sino de las matemáticas a la física. Como concluyó inmediatamente el mismo Kant: "El verdadero método de la metafísica es fundamentalmente el mismo que Newton ha introducido en las ciencias naturales y que tan fructíferos resultados ha rendido..."». Y, en frase afortunada, Gilson concluye que «La Crítica de la Razón Pura de Kant es una descripción magistral de la estructura de la mente humana que se ajusta perfectamente a la concepción newtoniana de la Naturaleza».

En otras palabras, los tres ojos del conocimiento comenzaron a reducirse al inferior y terminaron modelados a semejanza del ojo newtoniano de la carne. Los filósofos, por su parte, envidiaban el éxito de Newton. Adán había dado nombre a las estrellas y Pitágoras las había contado, pero ahora Newton podía pesarlas con exactitud. Además, cuanto más avanzaba la ciencia y más entrenados estaban los hombres en el uso del ojo de la carne, menos importantes les parecían los ojos de la mente y de la contemplación. Para la ciencia el mundo era cuantitativo y objetivo y apenas si quedaba lugar para los enfoques contemplativo y mental. Según Whyte, la ciencia empírica tiene una visión cuantitativa y objetiva de la naturaleza y por ello «dejó de prestar atención de los aspectos organizadores de la personalidad conocidos subjetivamente [es decir, vía lumen interius u ojo mental], promoviendo con ello la desconfianza en el poder de la mente subjetiva... De este modo, aunque en el nuevo modelo de la naturaleza objetiva no existiera ningún elemento correspondiente a los procesos mentales constructivos del sujeto, en lugar de que el sujeto dominara al objeto, el objeto comenzó a dominar al sujeto».

Para decirlo sencillamente, el ojo de la mente terminó cerrándose, como había sucedido anteriormente con el ojo de la contemplación. Así, el cientifismo, que había emancipado a la humanidad de Dios, terminó también liberándole de la necesidad de pensar.

Así, de hecho, el único criterio de verdad llegó a ser el criterio empírico, la verificación sensoriomotora realizada por el ojo de la carne (o por sus extensiones) basada normalmente en la medición. De este modo, la verificación empírica terminó aplicándose no sólo al ojo de la carne, lo cual es muy válido, sino también al ojo de la mente y al ojo de la contemplación, lo cual, como dice William James, no es más que pura palabrería. En palabras de Thomas McPh.erson «Las afirmaciones observadas por los científicos son "empíricamente verificable por lo que el examen por medio de los sentidos se convierte en "capaz de ser sometido a verificación por medio de la experiencia sensorial", y lo que no pueda verificarse de ese modo no tiene sentido». Pero debemos comprender de una vez que esto no significa que sea verificable por la experiencia directa en general, sino tan sólo verificable por la experiencia sensorial, es decir, empíricamente verificable. La experiencia del místico/meditador no puede detectarse por medio de los cinco sentidos, por lo que los filósofos de la ciencia la ignoran. (Más adelante volveremos sobre este punto.)

Eso supuso que para los nuevos filósofos de la ciencia lo no carnal terminó convirtiéndose en algo irreal y «quien ignorara teórica o prácticamente este hecho era denunciado con una severidad inusitada». La ciencia se había convertido en cientifismo, en positivismo, en materialismo científico, un alarde de la parte jugando a ser el todo. «y esto -concluye Whitehead- supuso la ruina de la filosofía moderna.»

Así pues, con la ciencia sucedió lo mismo que antes había ocurrido con la espiritualidad. Al cerrarse el ojo de la contemplación también se cerró el ojo de la especulación filosófica, de la síntesis y de la crítica correcta. Whitehead es muy explícito en este punto, y también lo es J. J. Van der Leeuw: «La aversión mutua existente entre la filosofía y la ciencia es perjudicial por infundada y, por ello, siempre debemos preguntarnos si una cuestión pertenece a un dominio o a otro (error categorial). Una respuesta científica a una pregunta filosófica será necesariamente insatisfactoria y fuera de lugar, del mismo modo que una solución filosófica a una pregunta científica estará vacía de significado y no será científicamente válida. Para nosotros, sin embargo, ambas visiones corresponden a dos esferas del conocimiento diferentes que no debemos confundir y que requieren ser adecuadamente coordinadas para obtener de todas ellas el mayor beneficio posible»

Pero el ojo de la carne se niega a hacer esa coordinación. En lugar de decir que lo que no se ve no puede verse, llega a afirmar que lo que no se ve no existe. Kant no negó la existencia de Dios, lo único que dijo fue que la sensación y la razón no pueden captarlo. Como dijo Wittgenstein: «De lo que no puede hablarse, mejor es permanecer callados», una afirmación que los cientifistas distorsionaron y transformaron en «lo que no puede mencionarse no existe».

Veamos un ejemplo. Recordemos que una de las principales contribuciones de Kant fue la demostración de que si intentamos razonar sobre el Absoluto siempre llegaremos a dos conclusiones contradictorias pero igualmente probables. Sin embargo, ésta no es, como pensaron posteriormente los positivistas, una prueba suficiente de la inexistencia de Dios sino una demostración de que Él está más allá de la razón.

Cada vez que intentamos representar dimensiones superiores utilizando un modelo inferior perdemos algo en la trascripción. Veamos un sencillo ejemplo: si reducimos una esfera tridimensional a una superficie bidimensional, la transformamos en un círculo. Es como si, para adaptarla al papel, debiéramos cortar la esfera en dos. Y, aunque cortemos la esfera en dos direcciones completamente diferentes (por ejemplo, de este a oeste y de oeste a este) *seguirá apareciendo el mismo círculo.* Podríamos decir, pues, que cada vez que un círculo intenta pensar sobre una esfera genera dos afirmaciones totalmente contradictorias igualmente probables porque, para el círculo, ambas son, en realidad, correctas. Lo mismo sucede con la razón y el espíritu.

Pero los positivistas piensan que ésta es una demostración concluyente de la inexistencia de la esfera, cuando lo único que significa es que los círculos no pueden comprender las esferas.

Kant creía firmemente en lo Trascendente aunque sabía que no podía ser captado por los sentidos ni por la razón pura. Pero sus seguidores (Comte, Mach, y, en la actualidad, Ayer,
Flew y Quine, entre otros) no tenían su sensatez Así, preocupados por el papel de la especulación filosófica correcta y completamente ciegos al ojo de la contemplación, los cientifistas depositaron toda su fe en el conocimiento exclusivo del ojo inferior de la carne.

De este modo se instauró el nuevo cientifismo empírico, afirmando entonces, como todavía hace en la actualidad, que el único ojo real es el ojo de la carne y sus cantidades numéricas. Todo lo demás, el ojo de la mente, el ojo de la contemplación, Dios, Buda, Brahma y el Tao no tienen el menor sentido porque ninguno de ellos aparece como un objeto «fuera de aquí». El cientifismo, que no pudo gobernar sobre Dios, proclamó que el Espíritu no tenía sentido y era absurdo. Cristo estaba equivocado, Buda fue un esquizofrénico, Krishna alucinaba y Lao Tse era un psicótico.

Así, exactamente así, fue distorsionado el legado de Galileo y Kepler. De ellos a Newton, de Newton-a Kant, de Kant a Comte y Mach y Ayer, hasta llegar a Willard Quine. «La mejor forma de ilustrar el punto de vista de Quine es decir que... en el mundo sólo hay un tipo de entidad, los objetos físicos estudiados por la ciencia natural y, en segundo lugar, que en el mundo no hay más que un tipo de conocimiento, el conocimiento perteneciente a la ciencia natural».

¿Quién es Willard Quine? «Willard Quine es el filósofo americano más influyente de los últimos veinte años». «Por más que lo disfracemos -dice Whitehead-, éste es el resultado práctico de la peculiar filosofía de la ciencia

propia del siglo diecisiete.» Vista a través del ojo de la ciencia, «la naturaleza se nos presenta como un asunto aburrido, mudo, inodoro, incoloro, el simple despliegue interminable y absurdo de lo material. Eso es todo lo que existe, lo único que merece la pena. Pero todavía hay más:

> Debemos señalar también su sorprendente eficacia como sistema conceptual que nos permite organizar la investigación científica. En este sentido es completamente merecedor del genio del siglo que lo produjo, ya que, hasta hoy en día, se ha mantenido como el principio orientador del estudio científico. Todas las universidades del mundo se organizan todavía de acuerdo a él. Aún no ha aparecido ningún otro sistema alternativo de organización de la búsqueda de la verdad científica. No sólo gobierna en la actualidad, sino que tampoco tiene rival. Esto resulta casi increíble.

Éste es el famoso juicio de Whitehead de la visión científica del mundo. Otros han sido mucho menos magnánimos: «El problema no radica en la estructura consciente de la ciencia sino en el estrato inconsciente del ego científico, en la estructura caracterial del científico. Para Whitehead el punto de vista de la ciencia moderna era "completamente increíble". El psicoanálisis añade el punto decisivo: es demencial». Y el psiquiatra Karl Stem dijo: «Esta visión del mundo es delirante. Y con ello no estoy profiriendo un vulgar insulto sino que estoy utilizando de un modo plenamente consciente el término en su acepción psicótica. En realidad, el punto de vista de la ciencia tiene mucho en común con ciertos aspectos del pensamiento esquizofrénico».

Si los científicos no se vuelven completamente locos es porque no creen por completo en la visión del mundo propia de la ciencia empírica. Si realmente creyeran en la ciencia, la valorarían realmente, estarían orgullosos de ella, le encontrarían sentido, disfrutarían de ella. Sin embargo, todas estas palabras puestas en cursiva, son entidades no empíricas, son valores e intenciones subjetivos. Es por ello por lo que un científico sano no es científico en lo tocante a su persona. Dejemos, sin embargo, a los psiquiatras, el tema de la salud mental de la visión cientifista del mundo, y centrémonos en Whitehead. La visión del mundo de la ciencia empírica es increíble porque es parcial y, cuando pretende ser total, aboca a la incredulidad porque, entre otras cosas, el método de la ciencia empírica es fundamentalmente incapaz de ocuparse de la calidad. «La ciencia es esencialmente cuantitativa –dice Whitehead-, y quien no piensa científicamente es alguien que está pensando cualitativa y no cuantitativamente». La ciencia es «una búsqueda de lo cuantificable», es decir, de los números.

Ahora bien, el problema es que si bien una cualidad puede ser mejor que otra, un numero no es ni mejor ni peor que otro. El amor es intrínsecamente mejor que el odio, pero tres no es intrínsecamente mejor que cinco. Así pues, una vez que hemos transcrito el mundo a cantidades empíricas, nos encontramos frente a un mundo sin cualidades, un mundo carente de valor y de significado. Todo, decía Whitehead, «ha perdido su valor» por haber «dirigido la atención hacia las cosas como algo opuesto a los valores». Bertrand Russell, que probablemente también debía ser consciente de esto, añade: «la esfera de los

valores descansa fuera de la ciencia». Según Huston Smith, la ciencia tiende a olvidar los valores porque «la calidad es inmensurable... Y la incapacidad de ocuparse de lo cualitativamente inmensurable conduce a trabajar con lo que Lewis Murnford llama un "universo descalificado"». En resumen, dice Smith, «los valores, como los significados, las intenciones y las cualidades se escurren de las manos de la ciencia como el agua a través de las redes del pescador».

La ciencia empírico-analítica no puede operar fácilmente sin la medida; la medida es esencialmente cantidad, la cantidad es número y el número, en sí, permanece fuera del mundo de los valores y nunca podrá pertenecer a él. «Ante las leyes de la aritmética elemental todas las magnitudes tienen el mismo status y sus operaciones no reconocen ninguna diferencia entre un valor y otro.»

Adviértase que con todo esto no estoy condenando a la ciencia empírico-analítica sino que simplemente trato de delimitar su función de tal modo que, cuando intente apartarse de su esfera de competencia y pretenda convertirse en una visión global del mundo, podamos reconocer el engaño, ese error categorial conocido como positivismo empírico o verificación empírica exclusiva.

Ahora bien, la visión tradicional de la realidad había sostenido que la existencia está ordenada jerárquicamente, que el ámbito de la contemplación es más real y valioso que el mental y que éste, a su vez, más que el camal. Los tres dominios son importantes y útiles, pero no debemos equivocamos con respecto a su valor relativo, ya que el reino causal es más elevado que el sutil y éste que el ordinario y, como decía Smith, un dominio más elevado es más real que el inferior porque está más saturado de Ser.

Pero, como todo conocimiento ha sido reducido al conocimiento camal, al conocimiento empírico y, puesto que el árbitro del conocimiento camal es el número y el número es cantidad sin calidad ni valor, cuando la ciencia sometió a examen a la Gran Cadena del Ser y la redujo a cantidades, tuvo lugar una extraordinaria limitación, quizás la más importante que ha conocido la historia. Todo lo que la ciencia podía ver era considerado numéricamente y, dado que un número no es intrínsecamente mejor ni peor que otro, toda la jerarquía de valores se desplomó y quedó reducida a una especie de muestrario sin valor formando parte de un asunto aburrido, mudo, inodoro, incoloro, el simple despliegue interminable y absurdo de lo material.

De ese modo, la antigua jerarquía de valores y de ser se transformó en una jerarquía de números. Ya no podía decirse que ciertos ámbitos fueran superiores, más reales o mejores que otros, sino solo que eran más grandes o más pequeños que otros. Bien podríamos decir que los niveles de significación terminaron convirtiéndose en niveles de magnificación. Ya no podemos reconocer ámbitos superiores, más significativos y más reales que el ordinario, como el cielo de la contemplación, sino tan sólo ámbitos más grandes que el ordinario, como las distancias astronómicas, por ejemplo. Ahora, en lugar de ámbitos inferiores, menos significativos y menos reales que el ordinario, como lo infrahumano, lo camal y lo material, por ejemplo, solo nos encontramos con

ámbitos más pequeños que el ordinario, como por ejemplo, el mundo subatómico. De este modo, mejor y peor terminaron convirtiéndose en mayor y menor.

¿Qué podemos esperar de un animal que renunció al ojo de la mente y al ojo de la contemplación? El único ojo que le quedaba era el ojo de la carne, el ojo físico, y cuando miraba alrededor sólo observaba diferencias de tamaño. Así, a medida que iban cerrándose los ojos de la razón y de la contemplación, el ojo de la carne dirigía su mirada glacial al mundo material y comenzaba a recitar su incansable letanía: 1,2,3,4,5,...

La contradicción del cientifismo

Ahora bien, si el cientifismo fuera simplemente inadmisible, hace mucho tiempo que lo habríamos abandonado. El hecho es que no sólo es increíble y demencial en su locura cuantificadora), sino que nos ofrece una visión del mundo formalmente autocontradictoria.
Hay muchas formas de enfocar este tema. Quizá podamos comenzar señalando que el cientifismo sostiene que el conocimiento contemplativo del Absoluto es imposible y que el único conocimiento legítimo es el conocimiento carnal que, por lo que sabemos, es conocimiento relativo. Pues bien, si los positivistas se hubieran limitado a decir «nosotros nos vamos a ocupar del estudio del conocimiento relativo», su afirmación sería completamente aceptable; lo lamentable es que pretenden que «el único conocimiento válido es el conocimiento relativo». Y esa es una afirmación absoluta. Es como decir que «es absolutamente cierto que el conocimiento absoluto no existe». Como dice Schuon: «El relativismo se propone reducir todo elemento absoluto a lo relativo pretendiendo, al mismo tiempo, hacer una excepción totalmente ilógica con su misma reducción». Schuon continúa diciendo:

> En efecto, el relativismo proclama que la verdad no existe, o, lo que es lo mismo, declara que es absolutamente cierto que sólo existen verdades relativas, cometiendo entonces el mismo error que alguien que dijera que el lenguaje no existe o que alguien escribiera que no existe la escritura.

En otras palabras, «el mismo postulado [del cientifista] niega la veracidad de su aserto».
De manera similar, el cientifista no se limita a decir que «la verificación empírica es el mejor método de acumular datos del ámbito sensorial», sino que llega incluso a afirmar que «sólo son ciertas aquellas proposiciones empíricamente verificables». Sin embargo, por desgracia esa misma proposición no puede ser verificada empíricamente. No es posible someter a verificación empírica la afirmación de que la verificación empírica sea la única forma real de verificación. Como dice Huston Smith, «la opinión de que no hay más verdades que las verdades científicas no constituye una verdad científica y, al afirmarla, el cientifismo se contradice a sí mismo».

Otra de las formas que asume el cientifismo es la idea de que la evolución, como proceso de selección natural (mutación más probabilidad estadística), es el único agente explicativo de toda la creación. No estamos discutiendo aquí si la evolución es o no un hecho porque aparentemente sí lo es, sólo pretendemos examinar sus causas, o sus agentes, en este caso, el azar. Porque suele afirmarse que cualquier cosa, en cualquiera de los ámbitos, es igualmente un producto azaroso de la evolución. Jacques Monod, en su libro *El azar y la necesidad,* que es considerado como la biblia de ese punto de vista, explica: «La evolución... es el producto de una inmensa lotería presidida por la selección natural, que selecciona a ciegas y de, un modo absolutamente azaroso a unos pocos ganadores... Esta es la única explicación compatible con los hechos». Monod está diciendo aquí que, en la medida de nuestro conocimiento, el concepto de evolución como selección azarosa es más verídico que cualquier teoría rival.

Pero, si eso fuera cierto, no tendríamos forma alguna de comprobarlo. Si todos los fenómenos fueran igualmente producto del ciego azar, no cabía preguntarse si una cosa es mejor o peor que otra. Una rana y un simio son productos de la evolución estadística y no podemos decir que una rana sea más verdadera que un mono. Del mismo modo, si todos los fenómenos son el producto de una evolución estadística, las ideas también lo serían y, siendo productos del azar, no habría una idea mejor que otra. Si todo fuera fruto de la necesidad estadística, hasta la misma idea de necesidad estadística tendría la misma importancia que cualquier otra.

En el campo de la psicología el cientifismo aparece como la afirmación, casi incontestada por la ortodoxia, de que (por usar la afirmación de Tart, aunque él mismo no crea en ella) «en última instancia, toda experiencia humana puede reducirse a patrones de actividad eléctrica y química en el sistema nervioso y en el cuerpo». Pero si cualquier actividad humana pudiera reducirse a actividad bioquímica, lo mismo ocurriría con esta afirmación. De hecho, si todas las afirmaciones no fueran más que el resultado de ciertas modificaciones bioquímicas, no nos plantearíamos siquiera el problema de la existencia de afirmaciones verdaderas y de afirmaciones falsas porque, desde ese punto de vista, todos los pensamientos serían igualmente bioquímicos. No existirían pensamientos verdaderos y pensamientos falsos sino tan sólo pensamientos. Si los pensamientos pudieran reducirse a cambios electroquímicos en el sistema nervioso, no podría haber pensamientos verdaderos y pensamientos falsos por la simple razón de que no existen electrones verdaderos y electrones falsos. De este modo, nos encontramos aquí ante la paradoja de una afirmación que, en el caso de ser verdadera, sería falsa.

En suma, como Schuon, Smith y tantos otros han señalado, la misma existencia de la idea de cientifismo demuestra que el cientifismo es fundamentalmente falso.

Suele decirse que el cientifismo ha muerto y en las secciones precedentes ha podido parecer que estaba resucitando no sólo un espanta pájaros, sino un espanta pájaros muerto. Evidentemente, la visión positivista del mundo ha perdido parte de su atractivo, pero creo que no sólo persiste todavía, sino que

su influencia está aumentando día tras día. Hoy en día nadie admitiría abiertamente ser un «cientifista» (hasta la misma palabra suena a enfermedad). Pero la empresa empírico-científica sigue rechazando, implícita o explícitamente, cualquier otra aproximación como errónea. En mi opinión, aunque nadie proclame hoy ser un cientifista, el mundo está plagado de ellos. La «verificación empírica» (verificación por los sentidos y por sus extensiones) todavía gobierna las principales corrientes filosóficas y psicológicas y, en principio, poco más se acepta. ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que hace muy pocos años Jurgen Habermas, considerado por muchos (incluyéndome a mí) como el filósofo vivo más importante, haya dedicado un libro entero a refutar y combatir una vez más el positivismo? (Un libro cuyo primer párrafo contiene la siguiente afirmación: «Que nosotros rechacemos la reflexión [el ojo de la mente] es positivismo».) Si el positivismo empírico está muerto, decididamente es un cadáver juguetón.

Nos hemos ocupado de examinar el cientifismo y sus contradicciones para utilizarlo como ejemplo de un error categorial que nos permita demostrar con más facilidad esa falacia. Mi conclusión final será la de que un paradigma trascendental verdaderamente globalizador (o cualquier paradigma comprehensivo investigador) debería utilizar e integrar los tres ojos. Para ello es necesario definir desde el comienzo los papeles respectivos de cada uno de ellos. Si no lo hacemos así, nuestro« paradigma comprehensivo» quedará expuesto al cientifismo, al mentalismo y al espiritualismo, perspectivas todas ellas contaminadas por el error categorial y de mortíferas consecuencias.

¿es posible la verificación?

Para escapar del cientifismo y del empirismo exclusivo basta simplemente con darse cuenta de que el conocimiento empírico no es la única forma de conocimiento ya que, más allá de él, existe el conocimiento mental-racional y el conocimiento contemplativo-espiritual. Pero, si eso es así, ¿cómo podrían verificarse esas formas «superiores» de conocimiento? Si para esas modalidades de conocimiento la verificación empírica no es válida, ¿de qué disponemos?

En realidad, todo conocimiento válido tiene una estructura esencialmente similar y, por lo tanto, puede ser verificado (o refutado) de modo parecido. Todo conocimiento válido (en cualquier ámbito) contiene tres aspectos esenciales, denominados instrucción, iluminación y confirmación. Pero este asunto es tan intrincado y complejo que le dedicaremos un capítulo completo, el siguiente. Ahora tan sólo quisiera introducir y subrayar los puntos esenciales de nuestra argumentación sugiriendo que todo conocimiento válido (en cualquiera de los ámbitos) consta fundamentalmente de tres aspectos esenciales:

1. *Un aspecto instrumental o preceptivo*: una serie de instrucciones, simples o complejas, internas o externas, que, en cualquier caso, asumen siempre la misma forma: «Si quieres saber esto debes hacer esto otro».

2. *Un aspecto iluminativo o aprehensivo*: una visión iluminativa realizada por el ojo particular del conocimiento correspondiente al aspecto preceptivo. Además de ser autoiluminativa, conduce a la posibilidad de:
3. *Un aspecto comunal*, el hecho real de compartir la visión iluminativa con otros que estén utilizando el mismo ojo. Si la visión de los demás coincide con la nuestra tenemos entonces una prueba comunal o consensual de la verdad de la visión.

Sea cual fuere el ojo que utilicemos, éstos son los tres aspectos esenciales de cualquier tipo de conocimiento verdadero. El conocimiento se complica efectivamente más cuando un ojo intenta equiparar su conocimiento con el de un ojo superior o inferior, pero (como veremos en el próximo capítulo) los tres aspectos que hemos descrito subyacen incluso a esa complicación.

Consideremos algunos ejemplos relativos al ojo de la carne. El aspecto preceptivo asume la forma: «Si quieres ver esto debes hacer esto otro». Para el ojo de la carne, la modalidad más sencilla de conocimiento, la instrucción, puede ser tan prosaica como «Si no crees que está lloviendo mira por la ventana», y, si la persona lo hace, logra su propia iluminación, su propio conocimiento (aspecto n° 2). Después, si los demás siguen la misma instrucción «<Mira por la ventana») y ven lo mismo, alcanzamos el aspecto comunal (n° 3) y entonces podemos decir «Ciertamente está lloviendo».

Sin embargo, en el ojo de la carne las instrucciones también pueden ser muy difíciles. En la ciencia empírica, por ejemplo, solemos encontramos con instrucciones tan complejas como: «Si quieres ver el núcleo de una célula debes aprender a realizar secciones histológicas, utilizar un microscopio, teñir tejidos, diferenciar los distintos componentes de la célula y luego mirar» En otras palabras, el aspecto preceptivo exige que, cualquiera que sea el tipo de conocimiento, *el ojo apropiado sea adiestrado hasta que pueda adecuarse a su iluminación.* Esto también es válido para el arte, la ciencia, la filosofía y la contemplación. Esto es cierto, de hecho, para cualquier forma legítima de conocimiento.

Ahora bien, si una persona se niega a adiestrar uno u otro de los ojos (carnal, mental o contemplativo) es como si se negara a mirar y, en ese caso, estaría plenamente justificado ignorar su opinión al respecto y excluir su voto de la prueba comunal. No puede permitirse que alguien que rehúse aprender geometría emita su voto sobre la verdad del teorema de Pitágoras. Del mismo modo, si alguien se niega a aprender contemplación tampoco se le debe permitir decidir sobre la verdad de la naturaleza de Buda o del Espíritu. En otras palabras, si un individuo no estudia el aspecto n° 1 del conocimiento debería ser excluido de los aspectos n° 2 y n° 3 porque su conocimiento es inadecuado para la tarea. Los sacerdotes que se *negaban* a mirar a través del telescopio de

Galileo eran *incompetente*s para determinar la certeza de las verdades relativas al ojo de la carne y, por ello, sus opiniones en ese dominio podían ser ignoradas.

En lo que respecta al siguiente ojo, al ojo de la mente, descubrimos que el aspecto preceptivo es todavía más complejo y difícil de compartir. Afortunadamente usted y yo estamos utilizando ahora el ojo de la mente (aunque no necesariamente tengamos que estar de acuerdo en lo que vemos), de no ser así usted no sería capaz de comprender una sola palabra escrita. Pero para *ver* el significado de cualquiera de estas palabras todos nosotros tenemos que seguir ciertas instrucciones, la principal de las cuales es «Aprende a leer». Eso nos permite penetrar en un mundo que no aparece como un dato ante el ojo de la carne. En palabras de E. F. Schumacher «Con la luz del intelecto [lumen interius] podemos ver cosas que permanecen invisibles para nuestros sentidos corporales. Nadie se atrevería a negar que las verdades matemáticas y geométricas son "vistas" de ese modo [es decir, con el ojo de la mente, no con el ojo de la carne]. *Verificar* una proposición significa darle forma, por medio del análisis, la simplificación, la transformación o la disección [el aspecto preceptivo], a través del cual podemos *ver* la verdad [aspecto iluminativo], más allá del cual no tenemos ni la posibilidad ni la necesidad de una demostración posterior [excepto, añadiría yo, *compartir* esa prueba con los demás para establecer la demostración comunal, el tercer aspecto]».

Así pues, para ver las visiones filosóficas exteriores y las visiones psicológicas internas deberíamos entrenar el ojo de la mente. Si no lo hacemos así, si el ojo de nuestra mente se niega a mirar por encima del ojo de la carne nuestra actitud se convierte en positivismo filosófico y en conductismo psicológico. Si, por el contrario, el ojo de la mente se ocupa de su tarea, da origen (como explicaremos en el próximo capítulo) a la fenomenología, la lingüística, la especulación filosófica adecuada (crítica, analítica y sintética) y la psicología intersubjetiva (como explicaremos en el próximo capítulo).

Las pruebas de este dominio comparten la misma forma, los mismos tres aspectos que en las demás áreas: entrenar el ojo de la mente, mirar personalmente y terminar comparando y confirmando comunalmente nuestras observaciones. El aspecto comunal de este tipo de conocimiento es, por supuesto, más difícil que el del conocimiento carnal, porque todos nosotros disponemos del mismo ojo de la carne pero diferimos en cuanto a nuestro equipamiento mental. Pero ésta, por cierto, no es una desventaja del ojo de la mente, sino precisamente una prueba palpable de su riqueza.

En el ámbito de lo trascendente el conocimiento se obtiene del mismo modo, tiene una instrucción, una iluminación y una confirmación. En el zen, por ejemplo, zazen, satori y aprobación. No existe zen sin *los tres* aspectos, de hecho no existe conocimiento esotérico trascendente sin ellos. Para ello es preciso comenzar aprendiendo la práctica de la *contemplatio*, sea a través de la meditación, del zazen, de los mantrams, de japa, de la oración interior, etc., y, cuando el ojo de la contemplación domina este aspecto, *mira* y luego comprueba esta iluminación directa con los demás y, lo que es más importante todavía, con el maestro o gurú. En este sentido, el gurú cumple aquí con la misma función que el profesor de matemáticas que corrige nuestros problemas cuando estamos aprendiendo geometría.

Esta prueba final y superior es definitivamente una prueba de Dios o de la naturaleza de Buda o del Tao, pero no es una prueba empírica ni racional filosófica, sino una prueba contemplativa. Decía san Agustín que «nuestra única tarea en esta vida es restaurar la salud del ojo del corazón que nos permite ver a Dios». Para curar ese ojo es necesario entrenarlo hasta llegar a ser competentes para lograr el conocimiento «de lo que es hasta la salvación».

Hay quienes afirman que el conocimiento místico no puede equipararse al conocimiento real porque no es un conocimiento público sino «privado» y, por consiguiente, no puede ser sometido a validación consensual. Sin embargo, esto no parece del todo correcto ya que el secreto de la validación consensual es el mismo en los tres ámbitos: *un ojo entrenado* es un *ojo público* Y un ojo público es un ojo comunal o *consensual*. Para los matemáticos, por ejemplo, el conocimiento matemático es un conocimiento público (pero no lo es para los no matemáticos) y el ojo de la contemplación es un ojo público para todos los sabios. Tengamos en cuenta que, aunque el conocimiento contemplativo sea inefable, *no* por ello es un conocimiento privado, sino que es una visión compartida. La esencia del zen consiste en «una transmisión especial de las Escrituras [es decir, entre maestro y discípulo], independiente de palabras y de letras [el ojo de la mente]. Ver a través de la propia naturaleza [con el ojo de la contemplación] y convertirse en Buda». Es una *visión directa* para el ojo contemplativo que puede ser transmitida de maestro a discípulo porque es directamente *pública* para ese ojo. El conocimiento de Dios es tan público para el ojo contemplativo como la geometría para el ojo de la mente y la lluvia para el ojo de la carne. Y un ojo adiestrado en la contemplación puede *mostrar* la existencia de Dios con la misma certeza y la misma naturaleza pública que el ojo de la carne muestra la existencia de las rocas.

Un paradigma trascendental comprehensivo se apoyará sobre el ojo de la carne y el ojo de la razón, pero también debería fundamentarse en el ojo de la contemplación, ya que ese ojo encarna una modalidad legítima de conocimiento que puede ser compartido y validado comunalmente. Con esto basta.

Ciencia y religión

El conflicto existente entre la ciencia empírica y la religión es, y siempre ha sido, un conflicto entre los aspectos pseudocientíficos de la religión y los aspectos pseudoreligiosos de la ciencia. Si la ciencia se limita a ser ciencia y la religión no se sale de su ámbito religioso, el problema ni siquiera se presenta. En este sentido, todo conflicto se reduce a un error categorial y tiene lugar cuando los teólogos intentan ser científicos o los científicos aspiran a ser teólogos. En el pasado era frecuente que los teólogos trataran de ser científicos y hablaran de Cristo como un hecho histórico, de la creación como un hecho empírico, del nacimiento virginal de Cristo como un hecho biológico, etc., en cuyo caso debían estar preparados para responder científicamente a cualquier pregunta que pudiera hacérseles sobre esos temas. Desde el punto de vista empírico, el nacimiento virginal de Cristo significa que la persona ha nacido sin padre biológico, desde el punto de vista simbólico mental supone el nacimiento de alguien cuyo Padre está en los Cielos (es decir, de alguien que ha actualizado el Self transpersonal) y como visión contemplativa consiste en la comprensión directa de que nuestra Identidad Auténtica nace inmaculada instante tras instante. Ahora bien, el nacimiento virginal como hecho empírico es completamente erróneo pero como símbolo y como actualización es totalmente legítimo. El hecho es que cuando los teólogos hablan de los hechos empíricos deben estar preparados para responder a las preguntas de los científicos y cuando hablan de principios mentales deben responder a los psicólogos y a los filósofos. Sólo cuando practican la contemplación se encuentran realmente en casa. Y un paradigma verdaderamente trascendental debe ser capaz de abarcar las tres perspectivas. Tal paradigma, pues, debería abrazar e integrar las tres visiones y, por consiguiente, sería completamente diferente de la religión tradicional, de la filosofía/psicología tradicional y de la ciencia tradicional.

Más recientemente, han sido los científicos *empíricos* quienes han intentado convertirse en teólogos o incluso en profetas, la cual es, también, una postura incómoda. Pero cuando los científicos empíricos tratan de asumir el papel de los teólogos y de los religiosos deben estar dispuestos a afrontar ahora las preguntas procedentes, en este caso, de los contemplativos. Si, por ejemplo, el físico dice «La física moderna nos demuestra que todas las cosas son esencialmente Una, como Tao o

Brahma», no está haciendo una afirmación sobre el dominio físico sino sobre todos los dominios, sobre últimos y absolutos. El religioso puede entonces preguntar: «Ésta no es más que una *idea* presentada por el ojo de la mente pero ¿cuál es tu *método* para abrir el ojo de la contemplación? Descríbeme, en lenguaje preceptivo, qué es lo que debes hacer para *ver* directamente esa Unidad y, si no puedes hacerlo habrás cometido un error categorial, ya que estarás simplemente hablando sobre el ámbito meditativo/contemplativo utilizando tan sólo el ojo de la mente». En este caso, cuando el maestro zen haya aprobado el examen, el físico permanecerá todavía mudo. Se puede ser un buen físico sin estar entrenado en mística o trascendencia. Se *puede* dominar la física sin dominar la iluminación, pero *no se puede* ser un buen maestro zen sin convertirse en un místico. Que la profundidad y sinceridad de algunos físicos (quizás el diez por ciento) les aproxime a una visión mística del mundo no nos demuestra nada concreto sobre la física en sí, sino tan sólo sobre la sensibilidad de esos físicos. No obstante, esos físicos suelen cometer el error categorial de declarar que los datos físicos son una demostración de la existencia de los estados trascendentales una confusión comprensible pero claramente refutada por el gran número de grandes físicos que *no* son místicos.

En mi opinión, lo más importante que puede hacer un paradigma trascendental o comprehensivo es intentar evitar el error categorial de confundir el ojo de la carne con el ojo de la mente y con el ojo de la contemplación (o, utilizando un modelo más prolijo, como puede serlo el modelo de cinco niveles del Vedanta, por ejemplo, evitar confundir cualquiera de los niveles). No debe adueñarse de nosotros el pánico cuando alguien nos pregunta dónde está nuestra demostración empírica de la trascendencia. Para responder a esa petición explicamos simplemente los métodos instrumentales que hemos utilizado para lograr nuestro conocimiento y le invitamos a que lo verifique personalmente. Si así lo hace y consigue un adecuado manejo del aspecto preceptivo, entonces esa persona estará capacitada para llegar a formar parte de la comunidad de aquéllos que han adiestrado sus ojos para contemplar el ámbito de lo trascendente. Antes de ese momento, una persona está incapacitada para formarse una opinión sobre asuntos trascendentales y, en tal caso, a fin de cuentas no tenemos más obligación de darle explicaciones que las que pueda dar un físico a alguien que se niega a aprender matemáticas.

Hoy en día estamos en una posición extraordinariamente favorable, podemos acceder a una visión a la vez equilibrada e integrada de la realidad (un paradigma «nuevo y superior»), una visión que incluya al ojo de la carne, al ojo de la razón y al ojo de la contemplación. Y creo que la historia del pensamiento terminará demostrando que hacer más que eso es imposible, pero que hacer menos es desastroso.